

menes y de oposiciones; sus ascensos se hacen, salvo excepciones, según reglas fijadas de antemano; hasta se oponen muy respetuosamente a los acuerdos de sus ministros, no disimulando su hostilidad a los diputados que se entrometen en sus asuntos.

Así tenemos que, de dos clases de delegados a quienes el pueblo confía su poder, los unos, por el pueblo nombrados, no tienen influencia real, y los otros, los que gobiernan, escapan a su vigilancia.

* * *

Y no obstante, Durand I no es un rey gandul. Está lleno de buena voluntad. No se contenta con nombrar sus representantes; quisiera también vigilar su gestión. ¿Pero cómo? Hay las memorias oficiales. Cada año las grandes oficinas administrativas y las grandes comisiones de la Cámara y del Senado publican sendas memorias documentadas por sus correspondientes críticas. Estas voluminosas memorias son hechas a centenares; cada una de ellas cuenta de 500 a 1000 páginas, atiborradas de hechos, de estadísticas y de cifras. Para comprenderlas precísaríamente tendría que tener una educación especial; meses y meses enteros para leerlas. Y ya hemos visto que Durand I es un bravo soberano que no dispone de muchos ocios, y por añadidura, las estadísticas le causan jaqueca.

Afortunadamente aquí están los periódicos para sacarle de apuro.

Por la modesta suma de cinco céntimos, unos hombres amables le sirven todas las mañanas un informe sumario sobre todos los asuntos públicos. En ocho o diez páginas, claras, divertidas, espirituales, encuentra todo lo que puede interesarle, desde las cotizaciones de la bolsa, los perros aplastados, los hechos y gestos de las mundanas renombradas, hasta las consideraciones sobre los cometas o el impuesto sobre la renta. Pero sobre todo, cada día, en la primera página del periódico, encuentra una crítica severa de los actos del gobierno. Diputados, senadores, burócratas, ministros, y hasta

el mismísimo Presidente de la República, son tratados a menudo con extrema insolencia, y Durand I, a pesar de ser muy respetuoso con todas las autoridades, encuentra un placer extremo leyendo estas injurias. De este modo se imagina que sus representantes están bien vigilados por los periódicos.

No se pregunta a sí mismo si estos virtuosos periodistas que tan bien le informan son independientes, si estos grandes periódicos que lo «saben todo» ocultan alguna cosa. No se imagina siquiera que por un escándalo llevado a la opinión, cincuenta no traspasan las salas de la redacción; que el asunto Duez, por ejemplo, conocido de todos hace tres años, no se ha hecho público sino porque un ministro tuvo interés en desembarazarse de un colega peligroso y que, en fin, todos estos periódicos viven mucho más de los escándalos que ocultan que de los que revelan al público. Pero Durand I ignora todo esto. Cree cándidamente que, gracias a los grandes rotativos, la política no tiene secretos para él, y considera la libertad y hasta la licencia de la prensa como la suprema garantía de su soberanía.

Así que, eligiendo los parlamentarios, los cuales nombran los ministros, que a su vez nombran los burócratas, y vigilando a unos y a otros por medio de los grandes periódicos, Durand I está persuadido de que verdaderamente es dueño de sus destinos, y cada cuatro años deposita gravemente en la urna electoral el pedacito de papel que representa su docemillonésima parte de soberanía.

* * *

Con todo, hace unos cuantos años que el señor Durand anda inquieto.— Parece que no está muy seguro de su poderío. No se pregunta ya: *¿por quién volaré?* sino *¿es necesario volar?*

Es que había puesto en la papeleta electoral inmensas esperanzas y que éstas no se realizan.

Antaño, en aquellos tiempos en que